

El viaje de Juancho

Había una vez un niño que se llamaba Juancho; a Juancho le gustaba mucho leer, pero odiaba su pueblo, decía que quería ir a la ciudad. Leía a todas horas, en el colegio, en casa y en el parque.

Vivía en un pueblo llamado Villa Fortuna, un día en su habitación, estaba leyendo su libro favorito "El espejo de cristal" de pronto el libro empezó a volar por la habitación y él se asustó un poco.

Una vez más relajado, siguió leyendo por donde lo había dejado. Pero el libro no se podía abrir, hizo mucha fuerza y al final consiguió abrirlo; el libro empezó a tragarse a Juancho.

Él apareció en un mundo extraño, cayó del cielo y no se dio cuenta de que encima de su cabeza había un agujero por el que podía regresar a casa. A su lado apareció un pegaso blanco como la nieve y con la piel esponjosa como el algodón.

Le explicó que cuando valorara el pueblo podría volver a casa, enfrente de ellos había un gran espejo de cristal pero Juancho no entendía por qué. El pegaso le preguntó si estaba preparado; pero él no lo entendía, inesperadamente el pegaso le empuja hacia el espejo y, para su sorpresa, él lo atravesó y detrás había una ciudad.

Empezó a explorar la ciudad y vió: a una mujer discutiendo por teléfono, un ruido insoportable de las obras y todo el humo de los coches, furgonetas y sobre todo de los camiones.

Para él fue muy inesperado que la ciudad estuviese tan contaminada, tenía que huir de allí, volver a su pueblo. El pegaso le dijo que no debía asustarse sino darse cuenta y comparar con su pueblo.

Juancho salió de la ciudad a través del espejo y le preguntó:

- ¿Puedo volver a casa?- dijo él.
- Todavía no, debo enseñarte más cosas.- respondió el pegaso.

Juancho quedó un poco confundido. El pegaso le dijo que le siguiera, de pronto empezó a cabalgar muy deprisa y Juancho no le podía seguir el ritmo, el pegaso le dijo:

- Sube, yo te llevaré.
- Vale, gracias.- respondió él.
- Vamos a un sitio que quiero que veas.- dijo el pegaso.
- ¿A dónde?- dijo Juancho confundido.
- Ya lo verás.- dijo el pegaso con misterio.
- A todo esto, ¿Cómo te llamas? Llevamos un tiempo juntos y todavía no me lo has dicho.
- Me llamo Pegasus blanco, caballo de libertad.- dijo Pegasus.

-¿A qué viene ese nombre tan largo? Y, ¿Cómo que caballo de libertad?

- Hasta hace doce años yo era simplemente Pegasus blanco, pero un día me capturaron unos enemigos de mi familia y como mis padres murieron y no tengo hermanos entonces nadie pudo pagar el rescate. Me intentaron adiestrar pero no pudieron conmigo, un día me trajeron a un domador de Pegasos tan bueno y puro como yo. Él era Adrián octavo de Villa Pegaso, me ofreció un trato, si yo cumplía mis órdenes él me montaría y me llevaría a su pueblo, donde yo podría vivir feliz para siempre, le descubrieron y lo encarcelaron, yo estoy aquí porque me encerraron con él y juntos escapamos de aquellos malvados individuos.

- Y por eso estás tú aquí.- dijo Juancho una vez que entendió todo.

- Veo que lo vas entendiendo pequeño cerebritito.

- ¿Ya hemos llegado?- preguntó Juancho.

- Sí, aquí es.- dijo Pegasus.

Estaban ante el portón de un gran polígono industrial, de sorpresa la enorme puerta se abrió y entraron, se percataron de que había más humo que en todas las ciudades del mundo juntas. Juancho tosió por el humo y Pegasus empezó a ponerse de color gris, el humo estaba oscureciendo su pelaje.

Juancho le dijo a Pegasus:

- Si el humo te perjudica demasiado vete, yo acabaré la misión.

- No.- dijo Pegasus seguro de sí mismo - Debo acompañarte en esto, por eso estoy aquí.

De pronto un toro elevador perdió el control y casi se lleva por delante a los dos.

- Ésta es una de las causas de muerte más comunes por aquí.- dijo Pegasus con tristeza.

- Un momento, ¿Por qué te alejas?- dijo Juancho confundido.

- Mi misión aquí ha terminado.- respondió Pegasus.

- ¡Adiós, espero que algún día volvamos a reunirnos!- gritó el niño con lágrimas en los ojos.

De repente Juancho volvió a su pueblo y ahora lo vería siempre con una sonrisa en la cara.

FIN